

bamos hasta el trance de perder la vergüenza. Pero no estaban apagados los rescoldos de la responsabilidad y del honor, y esta misma esencia espiritual, estos sentimientos que forjaron todas las epopeyas de la Patria singularmente la que estamos conmemorando, lanzó otra vez a los españoles a una cruzada de la que es imposible hallar parangón que contuviera más hondo cariz espiritual del que ésta tuvo. Sentimos las ansias del cumplimiento del deber.

»En mi ánimo está presente aún el espectáculo que me ofreció Gerona cuando llegué al frente de las tropas liberadoras: las emociones se sucedían ininterrumpidamente, y podría recordar una porción de hechos emocionantes en interminable hilera. Hechos que, si ahora pueden aparecer desdibujados por la distancia del tiempo, en aquellos momentos tenían intrínseco valor y expresaban este anhelo de liberación de un pueblo martirizado.

»Mis fuerzas tuvieron que luchar contra el fuego que consumía la mayor parte de los edificios, mientras los gritos de júbilo y bienvenida escapaban de todas las gargantas. De tantas emociones destaca una que no puedo silenciar; episodio que he relatado ya otras veces y que espero repetir más aún, ya que quedó grabado en mí.

»En medio de la destrucción, de las alegrías y de las lágrimas incontenidas, de aquellos sentimientos de fe y de entusiasmo, se acercó a mí una pobre mujer joven, vestida de luto, que llevaba a un niño de la mano. Recuerdo que fué en la plaza de la Catedral. Llegó a mí y me entregó un ramo de laurel cimentado con cintas de los colores nacionales; lloraba sin el menor gesto; hacía llorar al verla no llorar: «Mi general —dijo—, hace unos días que mataron a mi marido; este ramo

lo había preparado para entregar al jefe del Ejército Español que viniera a liberarnos; físicamente no ha podido estar aquí; en su nombre, pues, os lo entrego».

»En aquel momento, ahora y siempre a pesar de que transcurra el tiempo, la escena personificará para mí el sacrificio, los esfuerzos y el valor de esta ciudad inmortal en aras de la Patria.

»Tengo el honor de representar al Caudillo; estoy presidiendo un acto, no solamente con mi pequeña personalidad, sino con la grande de él. Estoy seguro que si él estuviera presente viviría también esta grande emoción; lo conozco, nos forjamos juntos en la Academia, y vibró también al leer la historia de las gestas inmortales de los gerundenses. Me atrevo, pues, a deciros en su nombre que él os abraza con profunda y grande emoción.

»Entre vosotros, me siento un gerundense más; creo firmemente en las virtudes de tipo hispánico que conserváis en vuestra alma y en vuestro corazón; tenéis en mí un hombre que os comprende y os ama como si en estas benditas tierras hubiera nacido.

»Cuando hable con el Caudillo de la magnificencia de este acto, lo haré con todo mi entusiasmo, y seguro estoy que sentirá esta misma emoción que me embarga, que convierte en trémulas mis palabras y que casi me impide coordinar las ideas que os he expuesto.»

La comitiva regresó a las Casas Consistoriales a las nueve y media de la noche; las banderas entraron en el Ayuntamiento con los honores de ordenanza y las fuerzas desfilaron marcialmente ante el Ministro, el Capitán General y demás autoridades.

Por último, en honor del Teniente General Alonso Vega, se celebró un acto folklórico a cargo de la Sección Femenina.